



**TODAS
LAS COSAS
DE
NUESTRA
VIDA**

HWANG SOK-YONG

Jeongho tiene catorce años y mirada felina. Lo llaman Ojos Saltones. La escasez de ingresos de su madre les obliga a ambos a trasladarse a Nanjido, la Isla de las Flores, un inmenso vertedero al oeste de Seúl donde las orquídeas cedieron lugar a la basura y millares de personas malviven en chabolas engarzadas a las montañas de desperdicios. Una sociedad muy jerarquizada y codificada en la que todo, desde el trabajo a la ropa y la manutención, proviene del vertedero, y gana más quien consigue posicionarse mejor en la recuperación de la basura. Ojos Saltones encuentra en Trasquilón, un niño medio calvo, a un amigo que le irá mostrando los secretos de tan sórdido y nauseabundo lugar, donde el alcohol, el juego y la violencia son cotidianos. De la mano de Trasquilón y de una pandilla de jóvenes marginados acudirá al encuentro de los espíritus de los antiguos moradores cuando el lugar era un fértil terreno de cultivo donde se rendía culto a las tradiciones chamánicas. Un mundo invisible donde reina tanta armonía como falta en el real. Ambientada en la Corea del despegue económico de los años setenta, marcada por la modernización deshumanizada y sin escrúpulos, Hwang Sok-yong nos descubre la otra cara del progreso, la de los marginados y excluidos, la de los desechos humanos que viven de los desechos de la sociedad de consumo. Hwang Sok-yong combina realidad, ficción y fantasía en una novela de tintes dickensianos que, pese a la dureza de la vida que describe, emana lirismo, emociones y buenas dosis de humor. Una novela optimista y esperanzadora que resalta la belleza de vivir, incluso en ambientes que no animan a ello.

TODAS LAS COSAS DE NUESTRA VIDA

Hwang Sok-yong

1

En la orilla opuesta del río, hacia el final de los prados, se ponía el sol. Al volver al paisaje, su mirada, distraída unos instantes, le deparó un astro redondo, tan grande que le causó asombro, dado ya a una trayectoria descendente por el cielo que lo hacía asemejar a una manzana que cayera de un árbol. El camión dejó atrás los suburbios, avanzó por la carretera ribereña y, antes de reanudar su marcha, permaneció detenido unos instantes en las inmediaciones del puente, donde su avance se vio frenado por el tráfico.

Fuertemente asido a una columna metálica, en pie justo detrás del asiento del conductor, el muchacho viajaba con su vista puesta en el sentido de la marcha, dominando tanto la orilla del río como la carretera por la que el vehículo progresaba. El joven y su madre habían subido a aquel camión de basura en un distrito del este de la gran ciudad. En pleno embotellamiento, el vehículo avanzaba con lentitud, se detenía con frecuencia, hasta que se desvió de la carretera ribereña y, bordeando el cauce del brazo estrecho del río, se adentró por una vía sin pavimentar. La oscuridad aumentaba por momentos; no quedaban más luces que las rojizas de poniente. En la orilla norte, de espaldas a un cerro, se asentaba una pequeña población suburbana y los tintineos de las ventanas delataban un acogedor crepitar de los hogares. El joven creyó que su madre y él iban a instalarse en alguna de aquellas casas.

En la orilla de Poniente el viento doblaba las altas eulias, causando la súbita sensación de llegar a alguna tierra desconocida y remota. Una nube de polvo iba envolviendo el camión, que encendió sus faros. A medida que el camino se iba arqueando hacia un rumbo contrario al del lugar donde el chico había divisado el pueblo y sus hospitalarias luces, el vehículo acometió un camino de pendiente pronunciada. En la oscuridad, comenzaron a impactar contra el rostro del joven cosas, quizá granos de cereal, que revoloteaban por doquier. La caja de aquel camión, cargado hasta los topes de la basura que había ido cargando en los puntos de recogida de la zona Este de la ciudad, iba abarrotada de pasajeros. Aparte de la mujer y el joven, viajaban tres hombres y dos mujeres más. Todos iban sentados en plásticos acondicionados al efecto, del tamaño adecuado y en los que enrollaban las piernas, fuertemente aferrados a los listones laterales. En aquel momento, comenzaba a colarse en el habitáculo un olor peculiar que los pasajeros tardaron en detectar, pues habían hecho todo el trayecto rodeados de basura.

Sin embargo, tan pronto el camión, remontada la cuesta, se detuvo en un descampado de considerable amplitud, se vieron asaltados por un olor tan poderoso que dificultaba la respiración, una hediondez insoportable que parecía mezcla de heces y orines, de agua de cloaca y alimentos en descomposición, de soja pasada y chamuscada. En la oscuridad, enjambres enteros de moscas se pegaban incesantemente a la cara, a los antebrazos y a la ropa. Se posaban con todo descaro en la comisura de los labios y en torno a los ojos, donde desplegaban fríos y pegajosos tentáculos.

El chico no le revelaba su nombre a cualquiera, y menos su apellido. Eso de decir el nombre en voz alta, con apellido y todo, era cosa de los chiquillos que iban a la escuela, ya fuese a la primaria o semejante.

Él tenía catorce años, pero en el barrio donde se había criado era costumbre añadirse dos. Un momento tan crítico como aquel en que los *hyong* del barrio se dispusieron a hacerle una comprobación de vello púbico lo había resuelto acometiendo a uno de aquellos muchachos, que acabó con un diente roto. Como era de esperar, los demás se abalanzaron sobre él y sus fosas nasales no tardaron en sangrar copiosamente. Acaso le hubieran roto alguna costilla pues, durante un mes entero, sintió entumecido y frío todo el pecho cada vez que inhalaba o exhalaba. Su honra, eso sí, había quedado a salvo.

En aquellas callejuelas empinadas del barrio, sus compañeros de correrías le habían puesto varios mote diferentes, entre ellos *Kebi*, *Larguirucho* y *Ojos Saltones*. Lo de *Kebi* tenía su origen en el apodo *Bangakebi*, con que se refería a él aquel tutor del cuarto curso, porque tenía las extremidades largas y se le daba bien correr, y con el tiempo le acabaron quitando lo de *banga*. En cuanto a *Larguirucho*, hacía alusión a la longitud de su cuello y miembros, que guardaban una similitud nada desdeñable con los de una cigüeña o los de una grulla.

Ninguno de aquellos apodos le agradaba en exceso, pero *Ojos Saltones*, al menos, no le molestaba. Aquel nombre se lo encasquetó un agente de policía del barrio donde vivía a raíz de un incidente. Un grupo de críos rompió un cristal del destacamento y se dio a la fuga, pero les dieron alcance y, a modo de castigo, les pusieron en una esquina con los brazos alzados y de rodillas. Estando el chico de aquella guisa, el policía le arreó diez golpes en la cabeza con un manojo de documentos mientras gritaba: «¡Habrase visto, qué fresco, cómo me mira con esos ojos saltones, que parece que me va a perforar! ¡Quiero hablar con tu padre, bichejo!».

A partir de aquel día, el muchacho reaccionaba liándose a golpes cuando los chicos de su pandilla lo llamaban de cualquier forma que no fuese *Ojos Saltones*, mote que

pasó a usar siempre que se presentaba a chicos de su edad. Así fue, en fin, como un apelativo que, en origen, le había sido asignado de un modo tan arbitrario y para distinguirlo de los chicos de clase media, que usaban sus nombres reales, acabó suponiendo para él una suerte de trofeo de su paso por la comisaría, algo equiparable a los antecedentes penales en un adulto.

Ojos Saltones solo fue a la escuela hasta el primer bimestre de quinto de primaria. El puesto de venta ambulante que su madre tenía en el mercado les reportaba apenas lo suficiente para pagar la mensualidad del cuartucho donde vivían, situado en un barrio humilde y de callejas empinadas, así como para hacer tres comidas al día. El chico pasaba el día zascandileando con otros jóvenes por las callejuelas del barrio hasta que pasaba su madre y la acompañaba al mercado. Allí, la mujer montaba su tenderete y el chico se empleaba de recadero para tiendas de ropa y talleres de confección. Aquellas se ubicaban en edificios decentes de la calle principal; los talleres, en cambio, ocupaban locales alquilados por los dueños en tenebrosos callejones y recovecos del mercado, y cada uno de ellos empleaba a cuatro o cinco costureras y estaba equipado con unas cuantas máquinas. El trabajo del joven consistía en desplazarse a la carrera de los talleres a las tiendas, acarreando las piezas terminadas, o bien hacer el recorrido inverso con las telas, hilo, botones y materiales de costura en general.

Una tarde, cuando la oscuridad se cernía ya sobre el mercado, Ojos Saltones no halló a su madre en el lugar donde esta montaba siempre su puesto.

–Oiga, ¿adónde ha ido mi madre? –preguntó a una vendedora que estaba desmontando su tenderete.

–Se debe de haber *echa*o novio... –le respondió la comerciante, entre risas.

–Creo que ha venido tu padre... –intervino entonces otra vendedora.

–¿Mi padre? –replicó, extrañado.

Siguiendo la indicación de la vendedora, Ojos Saltones se adentró por las calles donde estaban los puestos de alimentación, una zona donde el ambiente estaba cargado de los aromas del pescado asado, de la morcilla hervida en sopa. Se fue asomando a todos los establecimientos que flanqueaban la calle y dio vueltas por la zona hasta que, de pronto, vio a su madre. Estaba en una casa de comidas, sentada con un desconocido.

El hombre estaba girado y no se le veía el rostro; iba enfundado en una chaqueta de motivos militares y llevaba una gorra azul. Vacilante, Ojos Saltones se adentró en el local y su madre, al reconocerlo, le hizo un gesto con la mano. Al acercarse el joven a la mesa, aquel hombre giró la cabeza y extendió una mano como para acariciar a Ojos Saltones, pero este apartó la cabeza y se echó hacia atrás. Aquel hombre no era su padre.

–Cómo ha crecido –comentó el extraño, visiblemente incómodo—. Si parece que fue ayer cuando iba a gatas...

–Saluda a este señor –dijo la mujer—. Es amigo de tu padre.

Ojos Saltones inclinó la cabeza, tomó asiento junto a su madre y observó minuciosamente la fisonomía de aquel desconocido. De nariz rolliza, ojos grandes y expresivos, no le causó mala impresión. Tenía, eso sí, una mancha azulada que iba desde debajo de sus ojos hasta cubrir parte de su mejilla izquierda. El joven no tardó en comprender por qué aquel rasgo le resultaba familiar: le recordaba el rostro de Ashura, aquel personaje de capa azul y morada que tenía medio rostro blanco y medio azul, aquel villano, mano derecha del Dr. Hell y que siempre estaba urdiendo malévolos planes contra Mazinger Z, el robot justiciero. Curiosamente, la visión de aquel hombre y de su mancha cutánea infundió a Ojos Saltones un ánimo heroico que le hizo apretar los puños.

–Pues, lo que te iba contando –dijo Ashura a la madre del chico, como reanudando una interrumpida perorata–, tendrías casa propia y todo. Una chabola de tablones, eso sí, pero fíjate, no tendrías que pagar alquiler. Y ganarías tres veces más que aquí. Ya me dirás dónde se encuentra un trabajo como este hoy día...

–El padre de este... –explicó, en tono ligeramente formal, la mujer, que, con cara de interés, asentía y escuchaba a aquel hombre con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante–, no sé cuándo saldrá de... La verdad, si nos inscribieras allí, nos harías un gran favor; podríamos tirar adelante.

–¿Cuántos años tienes? –preguntó entonces Ashura, dirigiendo una mirada a Ojos Saltones. El joven, que tenía los puños sobre la mesa, mantuvo la boca cerrada a cal y canto, pues no podía en modo alguno decir que tenía dieciséis años delante de su madre. Fue esta quien respondió en su lugar:

–Catorce.

–¿Solo catorce, con ese corpachón? –replicó Ashura, abriendo la boca de un modo exagerado–. Pues tú, cuando te pregunten, di que tienes dieciséis.

–Todos mis amigos ya han cumplido los dieciséis... –murmuró Ojos Saltones, muy a su pesar y con cierta timidez.

–Bien, bien –comentó el hombre–. Entonces ya estarás por terminar la secundaria. A todo esto –añadió, dirigiéndose de nuevo a la mujer–, si a ti te inscribo para la primera tanda, el crío te podría ayudar en la segunda, clasificando el género. Podrías ganar el doble que los demás, ya te lo digo.

Al llegar a casa, Ojos Saltones notó que su madre, acaso debido al entusiasmo, no podía conciliar el sueño.

–Esto nos viene como anillo al dedo –comentó–. Justo ahora que nos andan queriendo echar de este cuchitril, que estaba yo que no me llegaba la camisa al cuerpo.

Qué más podemos pedir; nos dan trabajo y casa. Por fin un respiro...

Los padres de Ojos Saltones habían crecido juntos en un orfanato, de donde el padre se fugó. Tras pasar un tiempo dando tumbos por la ciudad, consiguió colocarse al frente de un grupo de chatarreros subcontratados por el ayuntamiento y que comenzaba su actividad por entonces. La recogida de residuos estaba organizada por distritos y el padre de Ojos Saltones se puso al cargo de una concesión que, aunque pequeña y sin almacén propio, permitía a la gente vivir de la recuperación de residuos urbanos. Fue entonces cuando acudió en busca de quien más tarde sería su mujer, la madre de Ojos Saltones, quien, aunque ya mayor de edad, seguía viviendo en el orfanato y trabajaba en una guardería con críos en torno a cinco años. A menudo aparecían entre la basura objetos robados en buen estado y sobre los trabajadores del acopio de basura recaía a veces la acusación de robo. Además, la proliferación de los atracos en el distrito hizo cotidiano el paso de aquella gente por la comisaría, de donde tampoco era infrecuente recibir peticiones de un chivo expiatorio a quien encasquetarle casos. Para quienes contaban con antecedentes, era habitual responsabilizarse de los robos; pasar una temporada a la sombra se convertía en algo normal. Una vez fichado, uno podía dedicarse más fácilmente a cosas como robar cobre o aluminio de las puertas metálicas. Por otra parte, cuando alguna vivienda parecía desocupada, los concesionarios de la recogida de basura de áreas residenciales, atentos a los indicios, entraban y la dejaban limpia.

El padre de Ojos Saltones llevaba en paradero desconocido desde hacía unos años, cuando el chico dejó la escuela. En parte, el que no fuera a clase se debió a los pro-

blemas originados por la falta del cabeza de familia. Al ver que no regresaba, Ojos Saltones y su madre, que ya habían pasado por aquella experiencia en varias ocasiones, lo esperaron durante quince días pensando, sin más, que lo tendría la poli. Mas esta vez, por algún motivo desconocido para ambos, la ausencia de noticias fue total. No se produjo la habitual llamada telefónica de la comisaría del barrio o del distrito, a través de la cual la autoridad, en otras ocasiones, les facilitaba la dirección del calabozo donde estaba el padre de Ojos Saltones. Las noticias que tuvo la madre esta vez llegaron de forma un tanto ambigua y por boca de un joven que había trabajado con él en la recogida de basura. Según le contó, había un jefazo que, al asumir su cargo, se comprometió a limpiar la sociedad no solo de gánsteres, exconvictos y pandilleros, sino también de la gente tatuada y, en general, de todo aquel que transmitiera inseguridad a la ciudadanía o contribuyese, con sus actos, a sembrar la discordia social. Les echaría el guante a todos, sin distinción de edad, y los internaría en centros de reeducación, de donde saldrían convertidos en «seres nuevos». Al parecer, mucha gente que se dio por desaparecida, incluido el padre de Ojos Saltones, se hallaba en aquellos centros de reeducación, creados al calor de los cuarteles militares.

La situación en casa nunca había sido muy boyante pero, hasta entonces, al menos, no habían tenido que preocuparse en exceso por el sustento. Esto cambió con la falta del cabeza de familia, que empujó a madre e hijo a una vida de incesante trasiego para llenar la despensa. Ojos Saltones aún asistía a la escuela, donde los críos de las torres de apartamentos se mofaban llamándole mendigo. Él, por su parte, no vacilaba en poner en juego puños y pies para hacerles besar el suelo.

—Venga, que no hay tiempo —exclamó de pronto el conductor, bajando la ventanilla y mirando hacia atrás—. Vayan bajando, de prisa.

Los pasajeros del camión se pasaron unos a otros sus respectivos equipajes —en el caso de Ojos Saltones y su madre, un barreño y un bolso de plástico donde habían empaquetado colchas y unos cuantos utensilios— y comenzaron a descender del camión. El conductor, sin dejar de apremiarles, arrancó el motor en actitud airada, produciendo una nauseabunda humareda.

Apenas pusieron un pie en tierra, junto a un gran montón de basura, vieron aparecer unos seres ataviados con botas largas de goma, gorras diversas, cascos de obra, guantes también de goma, rostros cubiertos por voluminosas máscaras y, como si de mineros se tratase, reflectores sujetos en la frente. Uno de aquellos individuos, que parecían astronautas, se acercó a Ojos Saltones y a su madre y, aunque se quitó la máscara, tardaron en reconocerlo.

—Soy yo —dijo—. Seguidme.

Al escuchar aquella voz, la madre de Ojos Saltones cogió de la mano al joven y siguieron al señor Ashura, quien, sin dificultad, se colgó en el hombro el bolsón de las colchas, agarró con una mano el bolso de plástico y echó a andar seguido de madre e hijo. Estos se ocuparon de acarrear la palangana, que contenía objetos domésticos de poco valor, asiéndola de extremos opuestos. Al pie del montículo de basura, al que los camiones, con estruendo de motor y levantando nubes de polvo, se encaramaban, se apreciaba un leve titilar de luces. Más de cerca, aquellos focos luminosos se revelaron chamizos de formas variopintas, todos confeccionados con tablones. Algunos estaban cubiertos con carpas; había también estructuras hechas combinando tablones de madera en un maremágnum y cubiertas con plásticos; otras eran un conglomerado

do de fragmentos de rótulos, cartones y cosas por el estilo.

De escasa altura, y tan pegadas entre sí que apenas permitían el paso de una persona, las chabolas se extendían en una hilera tan larga que se perdía en la oscuridad, y que discurría paralela a un sendero de la anchura aproximada de un coche. Las luces que brillaban en algunas ventanas de plástico daban fe de que las viviendas estaban habitadas, y en los ocasionales huecos que quedaban allá donde faltaba alguna chabola, se extendían pequeños descampados. En uno de estos espacios ardía una fogata y unos hombres, en corro, cocinaban algo mientras tomaban *soju* y *makkoli*. Ashura les presentó a la madre de Ojos Saltones:

–Es como si fuera mi hermana –les dijo–. Los he inscrito a ella y al crío; los podéis considerar familia.

–¿Eh? ¿Mano de obra nueva? –gruñó uno de aquellos hombres, mirando de arriba abajo a la madre a la vez que colocaba una lata sobre la hoguera y soplabla el fuego.

–Exacto –confirmó Ashura, bien metido en su papel de jefe, adoptando un tono solemne y propio de quien estuviera estampando en la mujer un sello de acreditación–, y, con ella, el número de trabajadores inscritos en esta cuadrilla asciende a cuarenta y cinco.

En cuanto al muchacho, que estaba de pie detrás del grupo, nadie pareció reparar siquiera en su existencia.

–No sé, jefe –replicó aquel hombre–. En la zona cada vez es más difícil encontrar género bueno. Estamos preocupados.

–Bueno, eso es como todo; va por rachas –replicó Ashura–. Y no todos los días llega mano de obra nueva, ¿no? Venga, que os invito a una ronda. –Y añadió–: Creo que la choza del viejo yesero se ha quedado vacía...

–Pero de eso hará ya tres o cuatro días –señaló aquel hombre–. Antes he ido a echar un vistazo y no había ningún sitio en condiciones.

Acompañados por Ashura y dos de aquellos hombres, Ojos Saltones y su madre fueron a ver la chabola desocupada, de la que no hallaron ya más que el espacio vacío. Como si de una alfombra se tratase, alguien se había llevado el vinilo del suelo, y de la capa de cartón ondulado solo quedaban unos fragmentos empapados.

–Vaya –exclamó uno de los hombres que los acompañaban, levantando uno de los trozos–, está solo el poliestireno.

–Hay que llevarse todo esto y, aunque sea, hacemos otra chabola allí, pegada a la mía –dijo entonces Ashura, suscitando en los dos hombres una serie de murmullos y risas maliciosas.

–Estando viudo –decía uno– es normal que quiera compañía...

–Bien –dijo Ashura, fingiendo no oír los comentarios y tomando la iniciativa en el plegado y recogida de los materiales que quedaban–. No hay más que poner los cartones nuevos y el vinilo. En menos de una hora, estará listo.

Siempre guiados por Ashura, Ojos Saltones y su madre llegaron a una esquina donde terminaba la hilera de chabolas. El lugar no tenía mala pinta; al ubicarse en un confín del poblado, quedaba a cierta distancia del lugar por donde transitaban los camiones que constantemente llegaban a engrosar los montículos de basura. Mientras los tres hombres acopiaban materiales varios para la construcción de la casa, madre e hijo depositaron sus bártulos junto a la choza de Ashura y, en cuclillas, esperaron.

–Bah –protestó el joven–. Y yo que creía que nos íbamos a vivir al campo.

–¿Qué pasa? –replicó la madre, con un suspiro–. Aquí también vive la gente y no les pasa nada...

–¿Gente? –apuntó Ojos Saltones, como escupiendo las palabras–. Esto es el paraíso de la basura y de las moscas.

–Pero si toda esa basura luego se vuelve dinero –alegó la madre, en un tono de forzado júbilo.

Ojos saltones aún no sabía de qué material estaba hecho aquel montículo, tan negro que destacaba aún en la oscuridad. En una alternancia de voceríos y ruidos de materiales, los tres hombres fueron llegando con sendas carretillas, donde llevaban lo que en el vertedero habían recogido para la construcción de la chabola. Había leños de diferentes longitudes, cajas de pescado provenientes del mercado de alimentos, fragmentos de plástico y variopintos techos, de los que cubren los chiringuitos, fragmentos de fieltros y trapos negros de los que se usan en los invernaderos, trozos de vinilo y parqué, todo mezclado formando un *collage* de todos los diseños y colores. En menos que canta un gallo, la zona en la que iban a montar la chabola se vio transformada en un ajetreado taller donde, además, se congregaban residentes de las chabolas colindantes para ayudar en el trabajo. Bajo la supervisión de Ashura, comenzaron por cortar a una longitud determinada los maderos que harían las veces de vigas. Una vez montado el armazón, fueron añadiendo los apoyos en oblicuo.

Por medio de martillos de oreja, desmontaron las cajas de pescado, prepararon los tablones y los fueron clavando hasta formar el intrincado maderamen de las paredes, que quedaron profusamente tapizadas por su cara interior gracias a las capas de poliestireno extruido y cartón ondulado que añadieron después. Sobre el suelo desnudo, extendieron plásticos y añadieron una capa de poliestireno, que cubrieron posteriormente con el cartón ondulado obteni-